

## Capítulo II. Particularidades del nacionalismo ruso.

*A harsh and demanding authority can be accepted and tolerated by Russians if it does not become devoid of the paternalistic and human quality and if it does not indulge in mockery and humiliation (...) there is an apparent need in the Russians to see authority as a source of truth and initiative, and this helps to induce submissiveness.*

*John Reshetar Jr., 1989.*

### 1. Rusia y el lento desarrollo del nacionalismo.

La identidad rusa ha sido puesta en tela de juicio en numerosas ocasiones a través de su historia; la naturaleza multiétnica del imperio zarista, el perfil internacionalista de la revolución bolchevique, la emulación y competencia por la hegemonía ideológica que ha sostenido con Occidente, son prueba de ello. Asimismo, la extensión geográfica del territorio cubriendo la mayor parte del norte del continente asiático y alcanzando a tocar el Este europeo, le ha implicado un extenso debate acerca de su perfil asiático o europeo, mas las peculiares que le caracterizan, han llevado a sugerir que no tiene parecido con ninguno, o bien tiene rasgos de ambos, por lo que se ha sugerido su distinción como euroasiática.

A lo largo de su historia, Rusia ha gozado de momentos de supremacía y gloria que, poco a poco, supieron insertarse en los designios políticos y transformarse en los principios y sentimientos nacionalistas que son profesados en la Rusia contemporánea; no obstante, este proceso de construcción y consolidación de identidad y nacionalismo ha sido lento y, muchas veces, condicionado por las políticas de un Estado autoritario en gran parte ajeno a los intereses de la población. Así, el Estado ruso se caracterizaría por preservar una

fragmentación política y social, arrancándole de las manos a la población la posibilidad de participación directa en el afianzamiento de los niveles de gobierno.

El Estado en Rusia hubo de adoptar el nacionalismo como una herramienta para consolidar la cohesión nacional buscando mantener su posición de dominio ante la intimidación interna y externa; asimismo, grupos muy reducidos de la sociedad han comprendido la fuerza detrás de los principios nacionalistas por lo que han sabido explotarlos en su búsqueda de la autodeterminación, seguridad, estabilidad y supremacía étnica rusa. Por todo ello, una perspectiva histórica del nacionalismo ruso es necesaria para lograr evaluar sus bases, postulados y comportamiento.

### **1.1. Rusia zarista: una nación ajena al Estado.**

La consolidación territorial rusa fue lograda, en gran parte, por a la expansión imperial sucedida a partir del siglo XV; John Reshetar Jr. sugiere que el régimen absolutista avanzó con ansia de proteger a su pueblo en contra del mundo hostil no-ruso que le rodeaba a expensas de pueblos débiles e incapaces de contener su poderío (Reshetar; 1989: 7). Las garantías de seguridad y supremacía fueron las bases sobre las cuáles se erigiría el nuevo imperio ruso, lo que a su vez desencadenaría un sentimiento nacionalista entre las masas que se sentían parte del mismo. A partir de ello, los términos “imperio” e “imperial” en Rusia denotaron una larga etapa de expansión militar, ejecución de un control político sobre territorios asimilados o conquistados, concentración de los recursos por el Estado y el mantenimiento del prestigio internacional al consentir la rivalidad con otras superpotencias (Tuminez; 2000: 29-30). El imperio ruso se adjudicaría para sí

vastos territorios poblados por grupos de distintas lengua, cultura y tradición, lo que daría un perfil multiétnico al Estado imperialista autoritario. Así, para lograr entender el desarrollo del nacionalismo ruso de la época, es preciso mantener en mente que el Estado y la sociedad siguieron trayectorias diferentes a lo largo de su desarrollo, pues el Estado imperial siempre gozó de enorme poder y privilegios en comparación de una sociedad débil y políticamente reprimida (Tuminez; 2000: 29).

A lo largo del zarismo, el estatus y función de los miembros de la sociedad, nobles y campesinos por igual, estuvieron definidos por el servicio que éstos prestaban al Estado (Hosking; 1992: 17). La estricta separación entre un gobierno totalitario y el resto de la población, subrayada por mecanismos y herramientas predatoras y limitantes, dejaría al pueblo ruso un legado incipiente de participación política cuestión que, consecuentemente, permitiría el desarrollo de una sociedad desprovista de los medios políticos y económicos indicados para lograr algún tipo de ingerencia política, mientras al mismo tiempo se nutriría un Estado con tendencias corruptas y totalitaristas que, recurrentemente, abusaría de medios de coerción para asegurar y mantener su posición central.

Al incluirse dentro del Estado imperial ruso una colección caleidoscópica de grupos étnicos, lingüísticos y culturales, las autoridades zaristas hubieron de confiar en una nobleza no-rusa para facilitar su administración y reinado imperial (Hosking; 1997: 142). Evidentemente, estas elites étnicas, tras convertirse en parte fundamental de la configuración zarista, fueron también cómplices de los abusos gubernamentales mientras buscaban consolidar sentimientos de

pertenencia y respeto hacia la autoridad central, así la idea de nacionalismo nunca gozó de mucha fama e influencia sino hasta principios del siglo XIX, cuando la amenaza expansionista europea alcanzaría las fronteras rusas (Carter; 1990:15) pues la victoria zarista en la llamada “Gran” Guerra Patriótica –Primera Guerra Mundial-, alentó a la población a creer en la superioridad y originalidad rusa ante un Occidente en decadencia.

En Rusia, cuando el término “Gran” –o en ruso, *velikii*- es evocado, se hace alusión al poderío militar, conquista territorial, así como al prestigio ruso en la escena internacional; por lo tanto, el término es usado para connotar magnitud, esplendor, nobleza, grandeza, excelencia, majestuosidad y gloria (Tuminez; 2000: 11, citando a Hill; 1998: 105) y es posible encontrarlo anexado a sucesos o personajes claves de la época. Se advierte que el uso de esta terminología, se convertiría en parte de la simbología nacionalista pues las ideologías nacionalistas se sostienen sobre mitos, símbolos, tradiciones, memorias y valores que son familiares a un grupo específico de gente (Tuminez; 2000: 10, citando a Smith; 1986) y buscan incentivar el sentimiento de pertenencia y originalidad nacional.

Los mitos de “Grandeza” crearon así un proceso de socialización mediante el cual los rusos más educados aceptaron y apoyaron el estatus imperial del Estado y veneraron al monarca como el líder absoluto (Carter; 1990: 22). La Grandeza imperial fue perpetuada a lo largo de los siglos XVIII y XIX, como Astrid Tuminez lo advierte al evocar a uno de los más grandes entusiastas imperialistas: “todo lo que Rusia ha logrado, todo lo que Rusia es, es gracias al monarca. Esto

es causa de alegría y orgullo para los rusos, y es, principalmente, la garantía suprema para el futuro de la Gran Rusia” (Tuminez; 2000: 33, citando a Cherniavsky; 1960: 158). Sin embargo, este discurso nacionalista en favor de las autoridades imperiales proclamaba el poderío y Grandeza imperial negando la autonomía del pueblo.

En su búsqueda por la originalidad y supremacía nacional, intelectuales e historiadores por igual dotaban al imperio de calificativos únicos y supremos. El fanatismo ruso, que percibía a un Occidente en decadencia y a una Rusia superior en pleno desarrollo, concibió la idea de *samobytnost*, o “la forma de ser propia” como un ejemplo moral para otras naciones (Carter; 1990: 19). Dos de los principales exponentes de esta corriente ideológica nacionalista, Nikolai Danilevsky y Fyodor Dostoevsky, consideraban al nacionalismo ruso en una forma dual, es decir, a través de sus aspiraciones pacifistas y moralistas, así como de sus implicaciones violentas y militaristas:

El imperio ruso ostenta un gran potencial cultural y económico y, contrario a las potencias occidentales, Rusia no creó colonias en ultramar, mas meramente avanzó y absorbió naciones dentro de un Estado unificado territorialmente (...) el Gran pueblo ruso confía en su misión histórica, en su propia religión y en la supremacía del zar (Carter; 1990: 22, citando a Danielevsky; 1869).

No obstante, la literatura nacionalista sólo alcanzaba a los más altos niveles de la sociedad pues la ignorancia que prevalecía en las clases bajas le tornaba ajena a estas corrientes literarias; por lo tanto, el ideario nacionalista ruso se desarrolló, esencialmente, en las clases educadas quienes buscaron incrementar su poder político a través de la explotación del nacionalismo como un medio para obtener

el apoyo de los miembros de la sociedad que persiguiesen los mismos fines (Tuminez; 2000: 3).

Con el posterior crecimiento de las redes burocráticas, la corrupción, la ineficiencia, y la constante explotación poblacional a favor del mantenimiento del imperio y el ejército, la realidad imperial era cada día más obvia, pues el Estado se concentraba en obtener su propio beneficio en detrimento de la sociedad. La mayor parte del pueblo no veía en el Estado una unidad congruente con sus propios valores, por lo que en años subsecuentes, la relación entre el zar y su pueblo se caracterizó por tres aspectos principales (Tuminez; 2000: 35-38):

- a) las iniciativas sociales provenían de los niveles superiores, siendo la monarquía autocrática la encargada de dirigir las reformas y la conducta de la política rusa;
- b) algunos grupos de la sociedad preferían recurrir a medios violentos como revueltas o rebeliones;
- c) el régimen gobernante consideró sospechosas las ideas e iniciativas políticas civiles, por lo juzgaba sabio su represión e impidió el desarrollo de canales de comunicación entre el Estado y el pueblo.

Ante tal fragmentación, la respuesta inmediata del gobierno fue incrementar la persecución y represión de los insurrectos mientras implementaba una política de “rusificación”, buscando transformar la naturaleza multiétnica del imperio en homogénea para asegurar la integridad y seguridad imperial (Carter; 1990: 17). La verdadera meta de dicha política sería la de preservar el imperio y sus prerrogativas; no obstante, el que las autoridades no tuviesen el suficiente

cuidado al momento de su implementación –debido a los recursos limitados y a la mala organización-, permitió que los movimientos de resistencia se duplicaran pues se terminó por estimular la conciencia nacional en las etnias no-rusas quienes, advirtiendo el peligro que corría su originalidad propia, tuvieron a bien despreciar las nuevas políticas imperiales que amenazaban su continuidad.

El fallido intento del Estado imperial por consolidar la pluralidad étnica en una unidad homogénea nacional había fallado y, para finales del siglo XIX, las masas educadas se agrupaban en foros políticos que demandaban mayor ingerencia en los asuntos gubernamentales. Las autoridades zaristas, consternadas por la evidente pérdida del control interno, procedieron a otorgar reducidas concesiones intentando mantener la cohesión imperial a toda costa. La posterior catástrofe del “Domingo Sangriento” –nueve de enero de 1905- en el cual unos 200 manifestantes en pro de los derechos civiles perdieron la vida, pondría en entredicho a las autoridades quienes, en un intento por restaurar su imagen y prestigio, consintieron la creación de un parlamento –*Duma*- que se concentraría en la elaboración y formulación de leyes aunque, ciertamente, éstas debían ser previamente aceptadas por el zar para tomar efecto (Hosking; 1992: 32-33).

Por lo tanto, se advierte que Rusia era un Estado imperial en el cual, siglos de historia y socialización, sembraron un mito de “Gran” poder e identidad, atándolo, directamente, a la herencia imperialista de la nación. El nacionalismo, como un principio político, fue explotado por el régimen zarista en su búsqueda por lograr legitimar y perpetuar su gobierno a través de la formación de un

sentimiento de unificación y pertenencia al imperio en las mentes de las masas (Tuminez; 2000: 42); no obstante, las autoridades imperiales no supieron implementar el principio nacionalista y fallaron en su búsqueda por atar a la sociedad en forma más efectiva al Estado a través de un consenso de derechos y obligaciones mutuas, por lo que la política de rusificación no logró concebir el apoyo que el Estado buscaba y, para 1917, le hizo víctima de sus errores.

### **1.2. Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas: nacionalismo y control.**

La inestabilidad que aquejaba a Rusia encontró origen en el desorden interno que, gracias a las presiones del exterior –que acrecentarían la desmoralización y desorganización de las tropas, el hambre y la inflación económica del imperio-, terminaron por despojar del poder al zarismo. De la imagen del soberano, minada por su incapacidad de control tanto al interior como al exterior, serían arrebatados los postulados nacionalistas que por tanto tiempo le habían ayudado a mantener su hegemonía; la llamada “Revolución de Octubre”, liderada por una organización política que instauraría, posteriormente, un régimen socialista, fue concebida con el fin de superar el retraso nacional heredado por el zarismo.

La ideología marxista percibía el nacionalismo como una forma de falsa conciencia que fragmentaba al pueblo, observándolo entonces como una manifestación ideológica de emociones irracionales de la sociedad. Consientes de ello, los líderes soviéticos buscaron acabar con el perfil multiétnico imperial a favor de una homogeneidad proto-nacional; sin embargo, su posición era ambigua y cambiante debido a razones estratégicas pues, algunas veces, condenaban tajantemente al nacionalismo y otras más lo apoyaban (Özkirimli; 2000: 25-26).



Cabe mencionar que la teoría marxista pura denuncia al nacionalismo como una ideología que la clase dominante utiliza para consolidar su hegemonía sobre las clases dominadas, por lo que reprueba su concepción y explotación como un mecanismo de acceso al, y control del poder.

A principios de la era soviética, la “Declaración de los Derechos para el Pueblo Ruso” garantizaba a las naciones no-rusas, teóricamente, completa igualdad y soberanía, así como el derecho de autodeterminación y de secesión de la recién formada República Soviética Federativa Socialista de Rusia (RSFSR) –proclamada en Julio de 1918- que cinco meses más tarde se tornaría en el núcleo de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) reemplazando al Imperio Ruso con una nueva forma de estructura multinacional atada a los objetivos de la acción política comunista (Reshetar; 1989: 17). No obstante, se pretendía que los términos enunciados por la Declaración no llegasen a tener efecto legal pues sólo representaban un medio para lograr el afianzamiento de las minorías étnicas al nuevo Estado. La consolidación del nuevo sistema de gobierno experimentaría graves dificultades durante sus primeros años de vida, lo que obligaría a los líderes soviéticos a llevar al país poco a poco hacia el socialismo (Dunlop; 1983: 5). Las viejas estructuras jerárquicas imperiales fueron abolidas mientras la vida económica nacional era presa de fuertes restricciones gubernamentales que buscaban insertar principios socialistas en materia económica y social; los líderes soviéticos, a través del recién formado Partido Comunista, lograron apoderarse del control político nacional.

Evidentemente, la autocracia rusa proveyó un patrón para el nuevo gobierno socialista: la noción de un estado ideológico en el cual todos los rangos de la población deben prestar servicio absoluto y en igual medida al Estado (Hosking; 1992: 34), ya que el Partido Comunista se sustentó sobre dichas bases, exigiendo de la población un apoyo incondicional y absoluto. La consolidación definitiva del Partido Comunista en el poder sería lograda a través del periodo conocido como “Comunismo de Guerra”, a través del cual el Partido subordinó las fuerzas militares y movimientos sociales de forma decisiva, no sin antes enfrentar una fuerte crisis económica que pondría en entredicho su capacidad gubernativa. La nacionalización de la industria, así como el control de los mercados y la producción nacionales, habían resultado en un descuido sin precedentes del sector agrícola y de la población en general, por lo que las revueltas eran inevitables; sin embargo, el control político del Partido terminó por restringir los cuestionamientos sociales observando la cohesión nacional como la mejor vía de sobreponerse a estos problemas y avanzar hacia el desarrollo (McAuley; 1992: 29-32).

La filosofía comunista del Partido se reflejaría a través de su negativa a compartir el poder y tolerar otros partidos políticos u organizaciones económicas privadas, su insistencia en la rápida industrialización, la colectivización agrícola y la propagación de un “ateísmo” en escuelas y universidades; para asegurar dichos fines, el Partido decretó medidas represivas demandando grandes sacrificios del pueblo a cambio de, según se afirmaba, un “futuro feliz” (Reshetar; 1989: 88). Exigiendo un total apego a los postulados Marxistas, Vladimir Lenin se

convertiría en el principal promotor del Estado soviético hasta 1924, pues su muerte consentiría la ascensión de Joseph Stalin al poder lo que, irónicamente, dotaría de fortuna al nacionalismo ruso (Dunlop; 1983: 6) que había sido acallado por las políticas antinacionales y antirreligiosas decretadas por Lenin quien alegaba su apego a la ideología Marxista que asumía que la lucha de clases haría de las naciones y del nacionalismo, algo obsoleto.

### **1.2.1. Stalin: nacionalismo y cohesión.**

Con el aumento del número de Repúblicas miembros de la URSS, que para 1929 sumaban siete, el Partido había decretado una política de “indigenización” que buscaba construir el apoyo popular al régimen promoviendo el uso de lenguas y personal no-ruso en los más altos niveles administrativos (Reshetar; 1989: 284). Se permitía así al no-ruso acceder a los niveles superiores de gobierno, así como también la producción de políticas que buscaran elevar su estatus y participación en la vida nacional. Cabe resaltar que cada una de las Repúblicas Soviéticas era organizada a través de líneas étnico-territoriales, con una nacionalidad titular o un grupo étnico representando a la población que tenía control nominal sobre el territorio. Además, casi todas las nacionalidades, diferenciadas principalmente por su lenguaje, establecieron sus propias unidades administrativas y territoriales por lo que se advierte que los líderes soviéticos acrecentaron la institucionalización étnica a través de la política de indigenización y la posterior introducción de pasaportes internos (Tuminez; 2000: 43). No obstante, los dirigentes de cada una de las Repúblicas, quienes debían formar también parte del Partido Comunista, tuvieron que aceptar la idea de un centralismo gubernamental con sede en la

capital de la RSFSR, Moscú, lo cual limitaba sus percepciones e ingerencia en la vida política nacional y satisfacía, consecuentemente, a las etnias rusas.

Para 1934 la política anti-nacionalista, así como aquéllas que atacaban los estatutos e instituciones del viejo régimen imperial, fueron repentinamente interrumpidas por Stalin quien, tras advertir la amenaza que el fascismo europeo imprimía en la URSS era cada vez mayor, buscó lograr la movilización en contra de un posible agresor (Dunlop; 1983: 10-12), así como dar mayor impulso a la economía interna. Así, Stalin promovió un nacionalismo oficial soviético que enmarcaba al régimen como la expresión de los intereses nacionales por lo que se comenzaron a implementar dos procesos de construcción nacionalista que, incentivados e implementados directamente por el Estado, buscaban lograr la cohesión y supremacía soviética en el mundo. Mediante el primer proceso se enfatizó la creación de una nación supranacional soviética mientras que, con el segundo, se buscó consolidar la institucionalización de las diferentes etnias miembros de la Unión Soviética (Tuminez; 2000: 42).

En un principio, Lenin creía que el nacionalismo ruso debía ser suprimido para así asegurar la cooperación de las etnias no-rusas, pero Stalin tomó un enfoque opuesto: los nacionalismos de otras minorías soviéticas no-rusas debía ser suprimidos, por lo que se apoyó una rigurosa rusificación en todas las Repúblicas no-rusas (Rezum; 1992: 5). La asimilación de las minorías en una nación soviética rusificada fue entonces la meta del llamado periodo estalinista, pues se intentaba suprimir a las minorías étnicas elevando a la “Gran” cultura rusa soviética a una posición de dominio. Al decidir utilizar slogans y símbolos

nacionalistas rusos en la campaña rusificadora, Stalin irritó la pureza de la doctrina Marxista pero logró asegurar la victoria eventual de la nación en contra de poderosos antagonismos; no obstante, Stalin jamás perdió de vista los principios de dicha doctrina (Dunlop; 1983: 27-28) como lo demostraría en años posteriores.

Uno de los antagonismos más importantes a vencer fue la amenaza europea en la frontera occidental; Stalin, calificando el conflicto como una batalla por la supervivencia nacional, cosechó un sentimiento proto-nacionalista entre las masas, asegurando para sí no solamente la victoria al lado de las fuerzas aliadas, sino también una importante carga de legitimidad y poderío ante el pueblo. La táctica de Stalin fue la de encontrar un balance entre los símbolos nacionalistas y socialistas mientras la guerra tenía lugar favoreciendo, eventualmente, a los primeros sobre éstos últimos (Dunlop; 1983: 15). Así, con la rusificación los éxitos militares logrados por el imperio ruso eran evocados como prueba fiel del desempeño del pueblo ruso ante las adversidades; asimismo, la “Grandeza” y magnificencia rusas, así como el sentido del sacrificio por la preservación de la unidad territorial, fueron los medios ideales para consolidar el apoyo del pueblo soviético, a pesar de la obvia incomodidad que ello pudo implicar para cada una de las Repúblicas miembro.

La tesis Marxista que asumía que la lucha de clases haría a las naciones y al nacionalismo algo obsoleto (Reshetar; 1989: 278) fue evidentemente denegada por Stalin quien, inteligentemente, supo manipular el discurso Marxista en un sentido más práctico que asegurara la posición soviética en el mundo, así como

su propio liderazgo. No obstante, para 1942, las tendencias en pro del nacionalismo ruso fueron detenidas pues Stalin, consciente que la fusión de un militarismo y el nacionalismo no era conveniente ni para el Estado ni para él, comenzó a limitar el poder militar y el alcance de la política pro nacionalista que el mismo hubiese incentivado en el pasado (Carter; 1990: 52).

El país experimentaría, nuevamente, una depuración ideológica que buscaba situar la identidad soviética por sobre los nacionalismo particulares. Para 1946, la campaña que Stalin había lanzado para revertir la liberalización que anteriormente había permitido, ganaba terreno. Las primeras víctimas en sentir la presión socialista fueron la literatura y la educación (Dunlop; 1983: 24) pues tuvieron que apegarse de nuevo a la ortodoxia Marxistas; el régimen soviético intentó suprimir la adoración de la historia rusa que tanto había incentivado a lo largo de la guerra y se concentró en la elaboración de políticas que ayudaran a la superación del desacelere económico que la guerra heredara al mundo. Una sola área fue la que se salvó de perder las concesiones que había adquirido en los años de la guerra: la religión. Así, en comparación con la década de los treinta la iglesia prosperaba a expensas de la pérdida de su integridad, pues no fueron liberados completamente del control central (Dunlop; 1983: 27).

### **1.2.2. Desengaño y regeneración del nacionalismo.**

Con la muerte de Stalin en 1953 se sucedió una inevitable lucha por el poder; consecuentemente, Nikita Khrushchev quedaría al frente de la Unión Soviética y contribuiría al crecimiento del nacionalismo ruso en varias formas, no siendo esta su intención, ya que intentó apegarse a los postulados Marxistas. En 1956,

Khrushchev reveló un gran número de los crímenes cometidos durante la era estalinista mediante el “Discurso Secreto” que dejó ver particularmente aquéllos que fueron cometidos en contra del Partido y los que atentaron contra la sociedad (McAuley; 1992: 65). Comenzaría así la llamada “De-estalinization”, la cual se caracterizaría por propinar un duro golpe a la hegemonía de la ideología Marxista en la Unión Soviética y posibilitaría una liberalización limitada de la libertad de expresión y la apertura de los campos de concentración, permitiendo a los presos políticos el regresar a la sociedad (Dunlop; 1983: 31-32). La política Marxista perdió así credibilidad ante la sociedad que comenzó a evocar ideales nacionalistas ante la pérdida de valores que el Marxismo experimentaba. Simpatizadores nacionalistas de diferentes esferas culturales se sintieron menos retraídos y para comienzos de la década de los sesentas las reformas estructurales administrativas implementadas por el régimen terminaron por incentivar los sentimientos nacionalistas rusos (Rezum; 1992: 5).

La campaña antirreligiosa emprendida por Khrushchev es tal vez uno de los principales detonantes del nacionalismo ruso de la época, ya que el acoso antirreligioso inducía un estado de desesperación entre los nacionalistas rusos (Dunlop; 1983: 35) quienes habían comenzado a llenar la necesidad que la sociedad tenía por raíces espirituales y morales ante la inconsistencia de la política gubernamental. Asimismo, el control de los medios de comunicación, empleados por el régimen en un esfuerzo por imponer opiniones, regular la diseminación de la información política y asolar al ciudadano de las noticias, opiniones y valores ideológicamente peligrosos (Reshetar; 1989: 280) fue

reducido drásticamente, por lo que se logró erigir un foro de opinión y expresión para los diferentes nacionalismos.

Para 1970, con Leonid Brezhnev en el poder, la tolerancia del régimen comenzó a disminuir pues se comenzaron a diluir las manifestaciones de nacionalismo ruso que no evocaran ideas marxistas por lo que éste tuvo que buscar nuevas formas de expresión; surge entonces el *samizdat* –término que significa literalmente “auto-publicación” y fue utilizado en la era soviética para referirse a publicaciones ilegales- (Dunlop; 1983: 43-46) ante el atosigo ejercido por el gobierno sobre los pocos foros de expresión nacionalista que argumentaban que el Estado soviético y el nacionalismo ruso eran incompatibles. Las exigencias de los nacionalistas rusos de la época se concentraron en diversos campos de acción (Dunlop; 1983: 45, citando a Osipov; 1971: 131):

- a) protección de monumentos de cultura material o espiritual de la destrucción;
- b) incentivar el respeto por los recintos y la dignidad nacionales;
- c) recuperar la grandeza cultural rusa;
- d) apoyar el amor por la patria y a la iglesia Ortodoxa;
- e) aclarar y discutir los problemas relacionados con la vida y cultura contemporáneas nacionales.

No obstante, el Estado ganaba la batalla en contra del *samizdat* a través del uso astuto de herramientas coercitivas como la emigración forzada o la expulsión de los principales militantes.



A finales de la década de los setentas y principios de los ochentas, las dos tendencias más significativas del nacionalismo ruso fueron: el resurgimiento religioso y nacional ruso, conocido como *vozhdenstsy*, y el llamado bolchevismo nacional. Dentro de la corriente *vozhdenstsy* se distinguen dos subgrupos: uno liberal, que favorece cambios inmediatos en el sistema político centralista, y otro conservador, que sugiere gran precaución en el proceso de transición (Dunlop; 1983: 242-253). Dentro de los postulados más distintivos del *vozhdenstsy* se encuentran:

- a) que la singularidad rusa ocupa una posición central;
- b) una preocupación por la desintegración moral y demográfica del Estado;
- c) una preocupación por generar instituciones encargadas de monitorear los abusos de poder ejercidos por el Estado, salvaguardando así las libertades básicas de la población;
- d) que se favorece una tercera vía evite los excesos del capitalismo y del comunismo; una descentralización económica y administrativa, una economía mixta, y el funcionamiento de la industria y servicios en manos de asociaciones de profesionales capacitados;
- e) que se busca cabida a las minorías étnicas en el Estado ruso;
- f) que en materia de política exterior, conciben al aislacionismo como la mejor forma de curar las heridas que Rusia ha adquirido tras convivir con el exterior.

Aleksandr Solzhenitsyn es uno de los principales expositores del *vozhdenstsy*, pues sugiere desechar la ideología Marxista del Estado, renunciar a la expansión

al exterior y concentrarse en los problemas al interior, además de combatir la degeneración del pueblo ruso en un intento por rescatar a una nación al borde de una catástrofe (Carter; 1990: 52, citando a Solzhenitsyn; 1974: 13-26).

Por otro lado, en el caso del bolchevismo nacional, se advierten tendencias revisionistas ya que se pone de manifiesto el deseo de un Estado totalitario, con un líder fuerte, una cultura de disciplina, una dedicación al poderío militar e industrial y una conmemoración de los logros del pasado (Dunlop; 1983: 256-263). Los postulados más característicos del bolchevismo nacional son:

- a) culto militarista de la fuerza e invencibilidad del pueblo ruso;
- b) tendencia agresiva en contra de los enemigos rusos tanto al interior como al exterior, subrayada por una fuerte inclinación anti-Occidental;
- c) preocupación por los problemas sociales y demográficos del país;
- d) afirmación de la pureza racial rusa ante otras naciones del mundo;
- e) evocación de la historia rusa y un culto a la disciplina y vitalismo del pueblo.

Vladimir Osipov representa fielmente los postulados del bolchevismo nacional al evocar el renacimiento de la moral y la cultura rusa como los únicos medios posibles para superar las duras crisis a las que el pueblo soviético se enfrenta; la disciplina será lograda, afirma Osipov, exaltando los valores del viejo régimen, austeridad, dedicación, trabajo duro y un regreso a la tierra para evitar cometer así los mismos errores (Carter; 1990: 109, citando a Hammer; 1984: 355). Las ideas de Osipov, frecuentemente citadas por diversos ultranacionalistas rusos, se concretarían en la base de una organización conocida como *Pamyat*,

organización ultraconservadora que se convertiría en foro del nacionalismo ruso y postularía un fuerte anti-semitismo y anti-occidentalismo que, poco a poco, ganaría terreno en la política soviética (Carter; 1990: 112-115).

Ambas tendencias nacionalistas son preservacionistas, pues buscan asegurar la salvaguarda de los monumentos históricos y de la historia rusa mientras presentan preocupación por los problemas demográficos y sociales que aquejan al pueblo, reconociendo sus logros culturales y científicos (Reshetar; 1989: 91).

### **1.2.3. Desintegración y renovación del nacionalismo.**

Durante las primeras décadas de consolidación de la URSS los líderes soviéticos manipularon símbolos nacionalistas rusos para incrementar su legitimidad y movilizar a la población en defensa del Estado, pero fallaron al desarrollar a la sociedad como un actor más autónomo frente al Estado, en garantizar derechos políticos genuinos al pueblo y aplastaron muchos movimientos sociales con el peso de las políticas socialistas soviéticas (Tuminez; 2000: 180). Todo esto cambió drásticamente cuando Mikhail Gorbachev entró al poder en 1985 pues, tras la purga de los elementos más conservadores en el Partido, su política de *perestroika* –reestructuración– abrió una nueva puerta para que los ideales nacionalistas tomaran gran potencia en la vida política soviética. La política de *perestroika* consistía en tres elementos básicos: *glasnost* –apertura–, democratización, y un nuevo enfoque en materia de política exterior (Hanson; 2000: 206).

La política del *glasnost* estimuló la renovación del nacionalismo ruso pues el Estado comenzó a otorgar concesiones a demandas y aspiraciones nacionalistas

a través de nuevas instituciones y procesos políticos que dieron nuevas oportunidades para que los nacionalistas rusos compitiesen en la arena política, asegurando así la viabilidad política del nacionalismo como una ideología alternativa al comunismo soviético (Tuminez; 2000: 181). El Estado permitió el acceso a datos antes desconocidos, haciendo evidentes las malas condiciones en las que se encontraba el país tras largos años de explotación y dominio del Partido Comunista; el Partido se volvió así sinónimo de incompetencia, mentiras e injusticia (McAuley; 1992: 95) mientras la imagen soviética como un país socialista y de inmenso poder militar, fue desquebrajándose cada vez más.

Con la esperanza de atraer nuevos activistas políticos que dieran un nuevo impulso al evidente atraso político en el que se había hundido el país, las reformas democratizadoras se avocaron a combinar el poder institucional del Partido con una nueva base de legitimidad: la responsabilidad electoral; Gorbachev, no obstante, procuraría conservar la posición de poder del Partido, por lo que los resultados de las campañas electorales fueron predispuestos desde el centro en un intento más de mantener su prestigio y control político (McAuley; 1992: 97). Con el nuevo enfoque de la política exterior, se buscó terminar con la ingerencia soviética en diferentes países que habían sido arrastrados al bloque soviético lo que, en consecuencia, reduciría las tensiones con Occidente.

La *perestroika* fue realmente revolucionaria, tal y como Gorbachev lo esperaba aunque no con los resultados que él planeó (Hanson; 2000: 207). Las instituciones socialistas comenzaron a desintegrarse pues la confianza en ellas se desvanecía con cada una de las revelaciones que se habían cometido en el

pasado; los cambios radicales al interior minaban el legado soviético por lo que las para entonces quince Repúblicas miembro de la URSS recurrieron a ideologías nacionalistas para llenar el vacío que el socialismo les había dejado.

Para las elecciones del Congreso Soviético de 1989, la campaña electoral de Boris Yeltsin, erigida sobre mayor democratización y justicia social, le ganaba el incondicional apoyo ruso. Yeltsin, al cooptar símbolos nacionalistas rusos y sugerir terminar con el gobierno unipartidista, se apegó a principios nacionalistas que le ganarían aún más apoyo y, para 1991, tras el desmembramiento de la Unión Soviética, se erigiría como el primer presidente de la recién creada Federación Rusa (Hanes; 2000: 209). La desintegración soviética dejaba a Rusia con importantes pérdidas tanto económicas, como territoriales; igualmente, el prestigio ruso se debatía ante nuevos movimientos sociales que amenazaban la integridad territorial de la Federación mientras un nacionalismo radical se desarrollaba con el empeño de mantener la imagen rusa. El resentimiento ruso ante la humillación nacional daría un matiz decisivo a la política interna de la Federación, por lo que el nacionalismo jugaría un papel importante la consolidación de la lealtad popular y compromiso con el Estado.

### **1.3. Federación Rusa: hacia un nuevo nacionalismo.**

Como se ha señalado en el primer capítulo del presente estudio, el nacionalismo confiere legitimidad a las elites que exitosamente claman representar los intereses de la nación (Tuminez; 2000: 187), por lo que la política en la Federación Rusa se tornó, esencialmente, nacionalista. La herencia imperial rusa y soviética propició

en Rusia el desarrollo de una sociedad débil y fragmentada, dejando en las manos de líderes nacionales la misión de la reconstrucción nacional.

Lo líderes políticos han respondido con diferentes políticas nacionalistas que buscan garantizar el apoyo social a su posición de poder. La configuración de la política contemporánea es el resultado de la amalgama de cuatro ideologías nacionalistas que se combinan, según convenga, para enfrentar los problemas internos y externos (Tuminez; 2000: 187-201 y Carter; 1992: 124-130):

- a) Nacionalismo pro-Occidental. Argumenta que es en el interés ruso que se debe mantener una estrecha relación con Occidente; observa en el pasado ruso la fuente de los problemas que aquejan a la Federación, por lo que evalúa positivamente la adopción de medidas occidentalizadoras tanto en materia económica como política. Sugiere también que mantener la influencia rusa en el plano internacional, por lo que debe consolidarse como un Estado cooperativo y pacífico. Sin embargo, esta variante de nacionalismo ruso se ha ido debilitando en los últimos años, debido especialmente a que rechaza la originalidad rusa anteponiendo los principios occidentales en una sociedad totalmente diferente.
- b) Nativismo. Como su nombre lo indica, hace alusión a la tradición e historia rusas, es decir, tiene en alta apreciación la herencia cultural. Si bien condena el pasado, argumenta que los líderes políticos se olvidaron de sus raíces y tradiciones envidados por la fuerza que el poder les otorgaba, por lo que se debe procurar una política que restaure estos valores perdidos, tanto en gobernantes, como en gobernados. Ya de ello que presente una

evidente aversión hacia Occidente, pues juzga que sus principios degeneran la pureza y originalidad rusa. Este nacionalismo de tendencia defensiva y restauradora, ha ganado especial aceptación en los niveles inferiores de la sociedad rusa.

- c) Nacionalismo de Estado. Esta corriente nacionalista distingue a los líderes actuales de la Federación Rusa pues exalta el poder y la preeminencia del Estado sobre los demás órdenes y entidades. Puede tener tendencias agresivas o moderadas con respecto a Occidente y la adopción de principios capitalistas, pero es constante y decisivo al demandar la preservación de un Estado fuerte y un territorio unificado con una cultura común.
- d) Patriotismo extremo. Si bien esta corriente carece de gran aceptación, dota de pasión a ultraconservadores y chovinistas nacionales quienes perciben la restauración del imperio y sus principios como la mejor forma de consolidar el desarrollo y la estabilidad nacionales. Por lo tanto, este nacionalismo es propenso a la violencia al evocar un Estado autoritario con tendencias militaristas, xenofobias y racistas.

El poder y alcance que cada una de estas corrientes nacionalistas se modifica con el tiempo y la problemática en cuestión. Son los líderes estatales los que desarrollan una amalgama de estas corrientes para fines prácticos y legitimadores de su gobierno, por lo que la identidad nacionalista contemporánea rusa es, muchas, veces difícil de precisar.